



DANIEL DEFOE

La mujer y la iniciativa privada: Moll Flanders

por **Haroldo Maglia***



Al lado de Robinson Crusoe, el resto de novelas de Daniel Defoe quedan en un segundo plano, como es el caso de Moll Flanders, aunque algunos críticos prefieran esta obra y la consideren más humana y creíble, desde un punto de vista psicológico y social. Sea como fuere, el caso es que hay notables similitudes entre los dos protagonistas, y también importantes diferencias, que se aprecian más desde una lectura y una interpretación actual de los personajes y de sus circunstancias.

Morgan Freeman y Robin Wright protagonizan la última versión de Moll Flanders, dirigida por Pen Densham en 1996.

Una de las desdichas de la lectura es que a todo libro precede otro. De ello resulta ese afán comparativo del que nadie —desde el literato hasta el lector ocasional— podrá liberarse. Al fin y al cabo, puede que la «literatura comparada» no sea más que la decepcionante prueba de que ninguna obra del hombre, como ninguno de sus actos (y el leer es uno), es autosuficiente. En algunos casos, como el de *Moll Flanders* (y podríamos decir, de cualquier obra de Defoe), ese incómodo precedente está en *Robinson Crusoe*, libro que, para hacernos las cosas aún más difíciles, ha merecido difusión universal, invadiendo el cine, las artes plásticas, el cómic e incluso convirtiendo el nombre propio de su protagonista en un sustantivo común y elocuente, aunque no aceptado por las sempiternas «autoridades» de la lengua.

¿Realismo o naturalismo?

Intentemos, pues, soslayar antes que nada ese obstáculo, aunque sólo sea de un modo parcial. Y el mejor recurso es comenzar por la única diferencia irrefutable: Robinson es un varón, y Moll, una mujer.

Eso, que en nuestros días nos llevaría a otras disquisiciones o que incluso muchos se saltarían a la torera, era, para un lector de 1722, año de publicación de la obra, una novedad, incitante incluso por lo que tenía de atrevimiento. Había dos preguntas a hacerse al respecto por aquel entonces: ¿qué interés puede tener la historia de una mujer que no sea una gran dama? (pregunta del lector), y ¿cómo hacer para que la historia de una mujer no resulte extravagante sin herir las buenas costumbres, tanto morales como poéticas? (pregunta de Defoe).

El escritor nos brinda una doble respuesta: una es la obra misma; la otra, un prólogo que no tiene desperdicio.

En él escribe, por ejemplo: «Cuando una mujer perdida en la juventud, o más bien producto del crimen y la perdición, comienza a relatar sus prácticas depravadas [...], el autor se ve obligado a realizar la tarea de rodear al personaje de una cierta pureza, especialmente para que el lector pervertido no caiga en in-



Kim Novak encarnó a Moll Flanders en *The Amorous Adventures of Moll Flanders*, dirigida por Terence Young en 1964.

terpretaciones desagradables». Hoy todo esto nos suena a disimulo para saltarse la censura. Es importante subrayar que no es así: Defoe es sincero, eso por lo menos es lo que el resto de sus obras y, sobre todo, lo que sabemos de su vida hace que presumamos. Si esta necesidad prologal se malentiende como ironía o afán de cubrirse las espaldas, entonces la historia que a continuación se narra se convierte en una fatigosa sucesión de

acontecimientos de los que siempre esperamos algo malévolos y que siempre nos desilusiona dejándonos con una aguachirle reflexión moral. Si, en cambio, la consideramos como una necesidad del escritor, comprenderemos por qué motivo éste encarna, entre otros, el nacimiento de la novela realista.

Según su costumbre, Defoe pretende que su historia es auténtica, no por afán de mistificación (como sería el caso de

una novela romántica, *Melmoth*, por ejemplo), sino para satisfacer esa exigencia de transcribir la realidad como si ésta fuese la verdad absoluta. Así considerada, la novela que pretende dar cuenta de la realidad ha de ser, por una operación de pura lógica, un reflejo de las ideas del autor, que cobran así el carácter de «interpretaciones». Ésa será, un siglo y medio después, la intuición que convirtió a Balzac, según sus propias palabras, en un genio.

No obstante, la novela realista del siglo XIX beberá con avidez de las fuentes románticas: será apasionada, turbulenta, exagerada, por momentos inverosímil. Habrá que esperar hasta más tarde, a la era del naturalismo, cuando esta sencilla ecuación sobre la que Defoe fundamenta su arte vuelva con toda su fuerza. Baste pensar, por ejemplo, en la *Nana*, de Émile Zola, escrita en 1879.

Una vida contada «naturalmente»

En la edición original de 1722, *Moll Flanders* lleva un largo título que constituye un verdadero resumen argumental y que falta en la mayoría de las traducciones españolas: *Hechos y desventuras de Moll Flanders, que nació en las prisiones de Newgate y que, en el correr de una vida llena de vicisitudes, que duró tres veces veinte años, sin contar la infancia, fue durante doce años prostituta, durante doce años ladrona, casada cinco veces (una de ellas con su propio hermano), deportada ocho años a Virginia, y que al final hizo su fortuna, vivió de manera muy honesta y murió arrepentida; vida contada a partir de sus memorias.*

Semejante presentación puede hacer pensar que la protagonista no es una persona común e incluso que su creador se verá en dificultades para hacer de ella una criatura creíble. Uno de los propósitos del autor, sin embargo, es demostrar, a través de la facilidad casi animal de su prosa, que basta con contar una vida para que ésta se vuelva verosímil. No obstante, y con todas las precauciones pragmáticas propias de un novelista anglosajón, se cuida muy bien de partir, al igual que en *Robinson*, de un



La obra de *Moll Flanders* está inspirada en la vida de una tal Mary Frith, llamada Moll, cuya existencia está plenamente documentada entre 1584 y 1650.

anclaje en la realidad: al parecer, se habría inspirado en la vida de una tal Mary Frith, llamada Moll «la rasgadora de bolsas», cuya existencia está plenamente documentada entre 1584 y 1650, y cuya historia, impresa, causó furor en la Inglaterra de la época. Bien mirado, además, cualquier vida resumida en doce líneas es como la última oportunidad de su protagonista para resultar alguien fuera de lo común.

Moll Flanders, sujeta a un destino tan variable, es un producto de la legendaria miseria del Londres de comienzos del siglo XVIII, de aquella gran ciudad que acababa de transformarse a través de la «revolución pacífica» que le había permitido romper para siempre con cualquier resabio de absolutismo, pero en la que todavía eran pocos los que sobrepasaban el nivel de la indigencia. Parida en la cárcel, logra por su propio ingenio



Pintura (a la izquierda) de W. Hogarth (1697-1764), titulado Prisons, en la que aparece una mujer que, como en el caso de Moll Flanders, está encarcelada y condenada a muerte por ladrona. A la derecha, fotograma de Moll Flanders, de 1996.

(como Robinson) esquivar los primeros golpes de un trayecto previsible. Algo de excepcional hay en sus maneras y en su apego a la vida para que acabe siendo admitida en una casa de la burguesía, pero allí tiene su primera experiencia del amor y del sexo: su excepcionalidad —que tiene algo de la areté de los héroes griegos— es puesta a prueba por primera vez.

Si Robinson conoce la medida de sí mismo y logra transmitir la de toda la especie cuando el azar lo arroja a una isla desierta, a Moll, por el contrario, le es necesario un dramático conflicto con los otros para que en ella despierte la capacidad de defender su vida confiando sólo en sí misma.

Aquí hay que detenerse. El motivo, que hoy nos resultaría banal, es la condición femenina de la protagonista. A comienzos del siglo que daría origen a la modernidad, una mujer tenía muchas dificultades para valerse sin ayuda. Si era de pobre cuna —y Moll lo era de la más pobre, hija de una condenada a muerte

cuya pena le fue conmutada debido a su embarazo— estaba casi fatalmente condenada a la prostitución (y a todas sus secuelas, la más terrible de las cuales era para la época, y muy significativamente, el robo), cuyo miserable desenlace dilataría hasta más tarde o más temprano según sus talentos: la astucia, la falta de escrúpulos, los avatares que habrían de correr sus encantos carnales.

Sin embargo, Moll tiene desde un principio una misteriosa cualidad que la libraría de alcanzar los peldaños más bajos de la degradación. Y la llamamos «misteriosa» porque, más que estar en su carácter, lo está en la perspectiva que Defoe emplea para narrarnos su vida.

Ante todo, la primera persona. El hecho de que la protagonista sea la narradora permite revestirla desde un comienzo de un grado de sinceridad del que no es posible dudar. Al escribir, Moll desconoce la ironía; está habitada por un ideal moral que es el del propio Defoe.

Su primera desventura la arroja en brazos de un hombre que la seduce: el

apuesto primogénito de la familia burguesa que la acoge. Pronto será víctima del otro hermano, no precisamente porque éste también la seduzca, sino, por el contrario, porque cae perdidamente enamorado de ella. Esta situación la expone a diversos equívocos que acaban por desatar los resentimientos de las hermanas y, como corolario, la necesidad de abandonar aquel hogar adoptivo en cuyo seno se hubiera convertido en una señorita de buena familia. Aparentemente, es la historia de una víctima. No obstante, el seductor no olvida untarla con un dinero que ella acepta sin ninguna clase de indecisión y, lo que es más importante, es capaz de despertar realmente su deseo, hasta que Moll —a pesar de declarar que aquello era el comienzo de su ruina— espera la hora de los amores clandestinos con la misma impaciencia que su pareja.

Más tarde, y tras otra aventura sentimental que acaba con la huida del amante perseguido por sus acreedores, otro hombre aparece en su vida. Esta vez —en

una sociedad bien distinta, la americana— no parece haber nubes en el horizonte. Se desean y se aman. La mala suerte quiere, empero, que el galán no sea otro que su hermanastro, y que aquella buena ama de casa que la mimaba y la encuentra idónea para su hijo, sea su propia madre. Una vez más, la huida se impone.

Moll vuelve a Inglaterra, y allí tiene su cuarta aventura, esta vez con un hombre que se finge un buen partido y que está en realidad ansioso de una mujer rica. Moll, por su lado, le hace creer lo propio, de modo que, al final, los dos se chasquean y se separan regalándose mutuamente una sonrisa de complicidad. Un intervalo humorístico en medio del melodrama. Viene después otro hombre, pero Moll queda viuda con novelesca celeridad.

Hasta aquí una vida más o menos honesta. Creíble porque Defoe no ha escamoteado lo más natural: el deseo de su protagonista, que no es la perfecta virtud ni el encanallamiento perfecto, sino eso: el deseo.

La historia de una redención

No obstante, nosotros, lectores modernos o simplemente lectores desdichados, corremos el peligro de no creernos demasiado lo ocurrido. No podemos deshacernos de nuestros modelos, de nuestros prejuicios, de la triste suficiencia que vamos ganando con el paso de los siglos. Moll Flanders nos sigue pareciendo eso que en el castellano más elocuente se llama una «buscona».

¿Cómo aceptar ahora que tamaña putidocella encuentre al fin la paz en brazos de un hombre honesto y, por si fuera poco, el bienestar económico y la energía necesaria para escribir un libro de memorias?

Una sola respuesta: recordando que Defoe escribe en los umbrales del siglo del Optimismo, más conocido como Siglo de las Luces. No olvidemos que sólo faltan treinta y siete años para que Voltaire le conceda un *happy end* a las vicisitudes de su *Candide*, bastante más truculentas que las de Moll.

Sin embargo, muy lejos de Voltaire, el optimismo de Defoe es el resultado inevitable de su posición religiosa y, en general, de su proyecto vital. Protestante no

anglicano de tendencia moderada, siempre guardó una prudente distancia de los rigores del puritanismo. Tras cursar estudios para eclesiástico, fue durante un tiempo predicador, hasta que, con poco más de veinte años, optó decididamente por los negocios, la política y la escritura. Creyó, como quizá ningún otro novelista, que el trabajo no era el resultado del pecado original y encerraba el auténtico valor moral; fatalmente, creyó en la iniciativa privada, en el colonialismo, en la supremacía del hombre blanco.

Todo eso está bastante claro en *Robinson Crusoe*, pero, ¿es que Defoe cree, a través de Moll Flanders, que la prostitución, las habilidades del tahúr o la impiedad sentimental son el correlato femenino de la iniciativa viril?

En cierta medida, sí. No podía ser de otra manera en su tiempo (baste pensar que muchos creen hoy lo mismo). En cierta medida, para él la mujer necesita una redención. Este es el punto más duro de la obra, el que muchos jóvenes harán pasar a primer plano. El hueso duro de roer.

Porque en cierta medida, no. Nos guste o no nos guste, la realidad de la época era ésa: o se era una dama, o se era una perdida. Pero para Defoe, esta segunda condición constituye ante todo el obstáculo que debía vencer la virtud: no una hipotética e hipócrita «virtud femenina» definida de antemano vaya uno a saber por qué dioses, sino la encrucijada que se ofrecía a la mujer. Robinson tuvo otra, la que entonces era propia del varón.

Moll, del mismo modo que el ilustre naufrago, encuentra al final el premio a algo bastante más moderno que esa virtud mistificadora. En toda la vida de esta mujer ha persistido un corazón fuerte, un espíritu que nunca abandonó la reflexión, la escucha de una exigencia que está por encima de todas las demás: «ten confianza solamente en ti misma». La diferencia —como ya hemos señalado— es que el varón necesita una isla desierta para ponerse a prueba, mientras que la mujer necesita la mentira mundana.

Moll Flanders, a quien se le ha perdonado la vida antes siquiera de nacer, la recobra a fuerza de iniciativa. ■

*Haroldo Maglia es escritor.

QUIÉN DICE QUE LA CULTURA Y LAS CIENCIAS SON ABURRIDAS

Esa Gran Cultura



Esta guía *progre* te animará a *equiparte*. Pruébale un sombrero que comenzó una revolución, colócate un *polisón* diseñado para que tu trasero parezca más grande y *cálzate* unos zapatos puntiagudos. Además conocerás a la diseñadora de los guantes de goma, cremalleras y, al hombre que ensanchó los hombros en los años 80. Si quieres estar al día no te pierdas *Esa gran cultura*

Métete entre bastidores gracias a esta guía repleta de estrellas. Conoce a actores ambiciosos y miserables directores, *ánimate* con los héroes de los dibujos animados y *comprueba* si las geniales pruebas de pantalla te auguran un futuro hacia el *estrellato*. Si quieres estar al día no te pierdas *Esa gran cultura*

ESA HORRIBLE CIENCIA



Averigua qué parte de tus intestinos no sirve para nada, por qué algunas heces flotan y qué vitaminas evitan que te caiga el pelo. Con fantásticos datos, curiosas encuestas, tests para profesores y chistes divertidos. *Esa repugnante digestión* rebosa de información. ¡La ciencia nunca ha sido tan divertida!

Descubre cómo las ondas sonoras hacen temblar tus tímpanos, cómo un micrófono transforma tu voz en impulsos eléctricos y por qué puede sangrarte la nariz al oír tocar las campanas de la iglesia. Con detalladas fichas de datos, ingeniosos tests para los profesores y alocados dibujos. ¡La ciencia nunca ha sido tan divertida!



EDITORIAL MOLINO

Calabria, 166 - 08015 Barcelona